

der dormir tranquila.. A la primera extravagancia de tu marido, ¿sabes? no vaciles más, no te expongás más... A los locos se les encierra.

Partió repitiendo la frase. Trouche se quedó solo con el Padre Faujas, se echó a reír con su perversa risa, que exhibía sus negros dientes.

—¡Me deberá un buen cirio la caserita!—murmuró.—Podrá revolcarse cuanto quiera por las noches.

El cura, con el rostro terroso y los ojos bajos, no respondió palabra. Después se encogió de hombros, y se fué a leer su breviario a la glorieta, en el fondo del jardín.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1325 MONTERREY, MEXICO

## XVIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1325 MONTERREY, MEXICO

Los domingos, por costumbre de antiguo comerciante, Mouret salía a dar una vuelta por la ciudad. Sólo los domingos abandonaba la estrecha soledad en que se encerraba con una especie de vergüenza. Era maquinal. Por la mañana se afeitaba, se ponía camisa limpia, cepillaba el rendigote y el sombrero; luego, después del almuerzo, sin que supiera cómo, se encontraba en la calle, andando a pasitos, con las manos a la espalda.

Un domingo, al salir de su casa, vió, en la acera de la calle de Balande, a Rosa, que hablaba vivamente con la criada del señor Rastoil. Al verle, las dos cocineras se callaron. Examinábanle con aspecto tan singular, que Mouret quiso cerciorarse de si le salía por los faldones la punta del pañuelo. Cuando llegó a la plaza de la Subprefectura, volvió la cabeza, y las encontró plantadas en el mismo sitio. Rosa imitaba el balanceo de un borracho, en tanto que la criada del presidente se reía a carcajadas.

—Ando demasiado de prisa, y se burlan de mí—pensó Mouret.

Acortó más aún el paso. En la calle de la Banne, a medida que avanzaba hacia el Mercado, los tenderos salían a las puertas, siguiéndole curiosamente con la vista. Mouret hizo un leve saludo al carnicero, que se quedó atontado sin devolvérselo. La panadera, a quien dirigió un sombrerazo, pareció tan asustada, que se echó hacia atrás. La frutera, el droguero, el confitero se lo señalaban con el dedo de una acera a otra. Detrás de él quedaba una gran agitación; formábanse grupos, y se elevaban ruidos de voces, confundidas con carcajadas.

—¿Han visto ustedes qué tieso anda?

—Sí; al saltar aquel charco por poco hace una cabriola.

—Dicen que todos son así.

—¡Oh! He tenido mucho miedo... ¿Por qué les dejan salir? Debería estar prohibido.

Mouret, intimidado, no se atrevía ya a volverse; le asaltaba una vaga inquietud, sin comprender con claridad que se hablaba de él. Anduvo más deprisa, moviendo los brazos con soltura. Sintió haberse puesto el redingote viejo, un redingote castaño, que no estaba ya de moda. Al llegar al mercado, vaciló un momento, y después se metió resueltamente por medio de las verduleras. Pero allí el verle produjo una verdadera revolución.

Las compradoras de todo Plassans le abrieron calle para que pasara. Las vendedoras, de pie en sus puestos, en jarras, le examinaron descaradamente. Hubo empujones, y algunas mujeres se subieron en los poyos del Mercado del trigo. El seguía apresurando el paso, tratando de salir de allí, y no pudiendo decidirse a creer que era él la causa de aquel alboroto.

—¡Oh! Parecen sus brazos aspas de molino—dijo una aldeana que vendía frutas.

—Anda como un loco; por poco me tira el puesto—añadió una vendedora de legumbres.

—¡Cogedle! ¡Cogedle!—gritaban los molineros.

Mouret, lleno de curiosidad, se detuvo en seco, y se empinó ingenuamente para ver lo que pasaba; creía que acababan de coger a un ladrón. La muchedumbre soltó una carcajada inmensa; voces, silbidos, gritos de animales se dejaron oír.

—No es malo, no le hagáis daño.

—¡Oh! No me fiaría yo. De noche se levanta para extrangular a la gente.

—La verdad es que tiene unos ojos que meten miedo.

—¿De modo que le ha dado de repente?

—Sí, de repente... ¡Lo que somos! ¡Un hombre tan bueno!... Me voy; me hace daño verle. Aquí están los tres sueldos de los nabos.

Mouret acababa de conocer a Olimpia en medio de un grupo de mujeres. Había comprado unos melocotones soberbios, que llevaba en un saquito de labor de señora empingorotada. Debía de referir alguna historia conmovedora, porque las comadres que le rodeaban, lanzaban exclamaciones ahogadas, juntando las manos de un modo lamentable.

—Entonces—terminaba,—la cogió por los cabellos, y le habría cortado la cabeza con una navaja de afeitar, si no hubiéramos llegado tiempo de impedir el crimen... No le digan ustedes nada, que hará una desgracia.

—¿Eh? ¿Qué desgracia? — preguntó Mouret asustado a Olimpia.

Las mujeres se habían separado, y Olimpia parecía estar en guardia; se escurrió prudentemente, murmurando:

—No se incomode usted, señor Mouret... Sería mejor que se volviera usted a casa.

Mouret se refugió en una callejuela que condu-

cía a la carrera Sauvaire. Redoblaron los gritos, y fué perseguido un instante por el retumbante rumor del mercado.

—¿Qué les pasa hoy?—pensó.—Quizá era de mí de quien se burlaban; pero no he oído mi nombre... Habrá ocurrido algún accidente...

Quitóse el sombrero, y lo miró, temiendo que algún pilluelo le hubiera tirado un puñado de yeso; tampoco llevaba ni cometa ni cola de ratón colgada en la espalda. Este examen le calmó. Prosiguió su andar de burgués paseante, en el silencio de la callejuela, y desembocó tranquilamente en la carrera Sauvaire. Los pequeños rentistas estaban en su sitio, tomando el sol en un banco.

—¡Toma, si es Mouret!—dijo con gran asombro el capitán retirado.

La más viva curiosidad se pintó en los semblantes adormecidos de aquellos señores. Alargaron el cuello, sin levantarse, dejando a Mouret en pie delante de ellos; le estudiaban minuciosamente, de pies a cabeza.

—¿Damos un paseíto?—preguntó el capitán, que parecía el más atrevido.

—Sí, un paseíto—repitió distraído Mouret.—Hace buen día.

Aquellos señores cambiaron una sonrisa de inteligencia. Tenían frío, el cielo acababa de encapotarse.

—Muy bueno—murmuró el antiguo curtidor.—No es usted exigente... Es verdad que ya viene usted de invierno. Lleva usted un redingote muy raro.

Las sonrisas se cambiaron en risas. Mouret pareció asaltado por una idea súbita.

—Miren ustedes—dijo, volviéndose bruscamente,—si no tengo un sol en la espalda.

Los comerciantes de almendras retirados no pu-

dieron conservar más la seriedad, y estallaron. El guasón de la partida, el capitán, guiñó los ojos.

—¿Un sol? ¿Dónde?—preguntó.—No veo más que una luna.

Los otros reventaban, pareciéndoles aquello la mar de espiritual.

—¿Una luna?—dijo Mouret.—Hágame el favor de borrarla; me ha ocasionado disgustos.

El capitán le dió dos o tres golpes, añadiendo:

—Bueno, ya la he quitado, querido. No debe de ser muy cómodo llevar una luna en la espalda... ¿Está usted malo?

—No estoy muy bien—dijo con su voz de indiferencia.

Y creyendo sorprender varios cuchicheos en el banco:

—¡Oh! En mi casa me cuidan mucho. Mi mujer es muy buena, y me mima... Pero necesito mucho reposo. Por eso no salgo ya, y no me ven ustedes como antes. En cuanto esté curado, volveré a los negocios.

—Pues se dice—interrumpió brutalmente el antiguo curtidor,—que es su mujer de usted la que no está buena.

—¡Mi mujer!... ¡No está enferma, es mentira!—exclamó animándose.—No tiene nada, nada absolutamente... Nos odian porque nos estamos quietecitos en casa... ¡Enferma mi mujer! Es muy fuerte, y ni siquiera tiene nunca un dolor de cabeza.

Y continuó con frases cortas, balbuceando con los inquietos ojos del que miente y con la turbada lengua del charlatán que se ha vuelto silencioso. Los pequeños rentistas movían compasivamente la cabeza, en tanto que el capitán se llevaba el índice a la frente. Un antiguo sombrerero del arrabal, que había escudriñado a Mouret desde el lazo de la corbata hasta el último botón de su re-

dingote, se había quedado finalmente absorto mirándole los zapatos. El lazo del zapato izquierdo estaba desatado, lo cual parecía exorbitante al sombrerero; daba éste codazos a sus vecinos, enseñándoles, con el rabillo del ojo, el lacito cuyos extremos arastraban. Muy pronto todas las miradas de los del banco se clavaron en el lazo. Fué el colmo. Aquellos señores se encogieron de hombros, como para denotar que no conservaban ya la menor esperanza.

—Mouret—dijo paternalmente el capitán.—Ate-se usted las cintas del zapato.

Mouret se miró los pies; pero pareció no comprender, y siguió hablando. Después, como no le respondieran, se calló, permaneció allí un rato más, acabando por proseguir despacito su paseo.

—Se va a caer, con seguridad—declaró el excursionador levantándose para verle más tiempo.—¡Es singular! ¿Estará chiflado?

Al extremo de la carrera Sauvaire, cuando pasó Mouret por delante del Círculo de la Juventud, volvió a hallar las ahogadas risas que le acompañaban desde que puso los pies en la calle. En la puerta del Círculo vió perfectamente que Severino Rastoil lo enseñaba a un grupo de jóvenes. Decididamente, era de él de quien así se reía la ciudad. Bajó la cabeza, con una especie de miedo, sin explicarse aquel encarnizamiento, y desfiló a lo largo de las casas. Cuando iba a entrar en la calle Canquoin, oyó un ruido a su espalda; volvió la cabeza, y vió a tres pilluelos que le seguían; dos de ellos crecidos, con aire descarado, y uno muy chico, muy serio, que llevaba en la mano una naranja podrida cogida en medio del arroyo. Entonces, siguió la calle Canquoin, cortó por la plaza de los Recoletos, y se halló de nuevo en la calle de la Banne. Los pilluelos le seguían aún.

—¿Queréis que os tire de las orejas?—les gritó corriendo hacia ellos bruscamente.

Los chiquillos se echaron a un lado, gritando, escapándose a gatas. Mouret, coloradísimo, se sintió ridículo. Hizo un esfuerzo para calmarse, y reemprendió su paso de paseo. Lo que le espantaba era el cruzar la plaza de la subprefectura, el pasar bajo las ventanas de los Rougon, con aquel séquito de golfillos que oía engrosarse y envalentonarse a su espalda. Cuando avanzaba, se vió precisamente obligado a dar un rodeo para no toparse con su suegra, que volvía de las vísperas con madame Condamin.

—¡Al lobo! ¡Al lobo!—gritaban los golfos.

Mouret, con la frente sudorosa, con los pies tropezando en los adoquines, oyó que la vieja madame Rougon decía a la esposa del conservador de aguas y bosques:

—¡Mírelo usted! ¡Desgraciado! Es una vergüenza. No podemos tolerar esto por más tiempo.

Entonces, irresistiblemente, Mouret echó a correr. Con los brazos extendidos, perdida la cabeza, se precipitó en la calle Balande, en que se engolfó con él la bandada de mocosos, en número de diez o doce. Parecía que los tenderos de la calle de Balance, las mujeres del mercado, los paseantes de la carrera, los jóvenes del Círculo, los Rougon, los Condamin, todo Plassans, con ahogadas risas, corrían tras él por la empinada pendiente de la calle. Los niños pateaban, saltando sobre los puntiagudos adoquines, y haciendo un ruido de jauría suelta en el tranquilo barrio.

—¡Cogedle!—gritaban.

—¡Hup! ¡Hup! ¡Vaya una levita!

—¡Corred, corred por la calle Taravelle! ¡Le pellizcaremos!

—¡Al galope! ¡Al galope!

Mouret, enloquecido, tomó una carrera desesperada para llegar a la puerta de su casa; pero le resbaló un pie, y cayó sobre la acera, en la que estuvo unos segundos, abatido. Los mocosos, temiendo un golpe, formaron un círculo lanzando gritos de triunfo; en tanto que el más pequeño, avanzando con gravedad, le tiró una naranja podrida, que se aplastó bajo su ojo izquierdo. Mouret se levantó penosamente, y entró en su casa sin limpiarse. Rosa tuvo que coger una escoba para echar a los chiquillos.

A partir de aquel domingo, todo Plassans quedó convencido de que Mouret estaba loco de atar. Citábanse hechos sorprendentes. Por ejemplo, que se encerraba días enteros en una habitación desmantelada, en la que no se había barrido hacía un año; y esto no era invención, porque las personas que lo contaban, lo sabían por la misma dueña de la casa. ¿Qué hacía en aquel cuarto? Las versiones variaban; la criada decía que hacía el muerto, lo cual espantaba a todo el barrio. En el mercado, se creía firmemente que se escondía en un ataúd, en el cual se tendía cuan largo era, con los ojos abiertos y las manos sobre el pecho; y esto de la mañana a la noche, por gusto.

—Hace mucho que le amenazaba el mal—repetía Olimpia en las tiendas.—Estaba latente; se ponía triste, y buscaba los rincones para esconderse, lo mismo que los animales enfermos. Yo, desde el día que puse el pie en la casa, dije a mi marido: “El casero no anda bueno”. Tenía los ojos amarillos, la cara huraña. Y desde entonces, toda la casa ha ido manga por hombro... Ha tenido toda clase de rarezas; contaba los terrones de azúcar, guardaba hasta el pan. Era de una avaricia tan grande, que su pobre mujer no tenía calzado que ponerse... Es una desdichada, y la

compadezco con toda mi alma. ¡Buenas las ha pasado! Figúrense su vida con ese maniático, que ni siquiera sabe estar con decencia en la mesa; tira la servilleta a mitad de comida y se va como atontado, después de hacer porquerías en el plato... ¡Y más fastidioso! Por un tarro de mostaza mal colocado armaba un caramillo. Ahora no dice ya nada; mira como un animal feroz, y se tira al cuello de uno sin dar un grito. Yo he visto cosas que, si quisiera hablar...

Cuando había despertado ardiente curiosidad y se veía abrumada a preguntas, murmuraba:

—No, no, eso no es cosa mía... Madame Mouret es una santa, que sufre como verdadera cristiana; ella tiene su modo de pensar, y hay que respetarlo... ¿Creerán ustedes que le quiso cortar la cabeza con una navaja de afeitar?

Decía siempre lo mismo, pero obtenía efecto seguro; cerrábanse los puños, y las mujeres hablaban de extrangular a Mouret. Cuando un incrédulo movía la cabeza, le hacían callar pidiéndole que explicase las espantosas escenas de cada noche; sólo un loco era capaz de saltar al cuello de una mujer, cuando ésta se acostaba. Había un punto de misterio que ayudó muy especialmente a divulgar el cuento por la ciudad. Por espacio de cerca de un mes, el rumor fué creciendo. En la calle Balande, a pesar de los trágicos comadrazgos referidos por Olimpia, había renacido la calma, y las noches transcurrían tranquilamente. Marta sentía nerviosas impaciencias cuando, sin hablar claro, sus íntimos le recomendaban que fuera prudente.

—¿Quiere usted hacer su voluntad, no es cierto?—le decía Rosa.—Usted verá... El volverá a las andadas. Cualquiera día nos la encontraremos a usted asesinada.

Madame Rougón acudía a la sazón cada dos días. Entraba con aspecto angustidísimo, y preguntaba a Rosa en el vestíbulo:

—¿No ha ocurrido nada hoy?

Después, al ver a su hija, la besaba con furia de ternura, como si hubiese temido no encontrarla allí. Pasaba las noches horribles—decía.—Temblaba a cada campanillazo, pensando siempre que le iban a participar cualquier desgracia; ya no vivía. Y cuando Marta le aseguraba que no corría ningún peligro, su madre la miraba con alucinación, y exclamaba:

—¡Eres un ángel! Si no estuviera yo aquí, te dejarías matar sin exhalar un suspiro. Pero está tranquila, que yo velo por ti, y tomo mis precauciones. El día que tu marido levante un dedo, se las verá conmigo.

Y no se explicaba más claro. Lo cierto era que visitaba a todas las autoridades de Plassans. Así había contado las desdichas de su hija al alcalde, al subprefecto, al presidente, en tono confidencial y haciéndoles jurar discreción absoluta.

—Es una madre desesperada la que se dirige a ustedes—murmuraba con una lágrima.—Les entrego el honor, la dignidad de mi pobre hija. Mi esposo caería enfermo, si hubiera escándalo público, y sin embargo, no puedo esperar a que venga la catástrofe... Aconséjenme qué debo hacer.

Aquellos señores se mostraban amabilísimos. La tranquilizaron, prometiéndole velar por madame Mouret, aunque sin dar la cara; al menor peligro, obrarían. Insistió ella particularmente con el señor Péqueur des Saulaies y con el señor Rastoil, ambos vecinos de su yerno, que podían intervenir al punto si sucedía una desgracia.

Aquella historia de un loco juicioso, que esperaba la media noche para ponerse furioso, dió

vivo interés a las reuniones de las dos tertulias en el jardín de los Mouret. Todos se mostraban muy solícitos para saludar al Padre Faujas. A las cuatro, bajaba éste, haciendo con bondad los honores de la glorieta; continuaba eclipsándose, respondiendo con movimientos de cabeza. Los primeros días, no hubo más que embozadas alusiones al drama que ocurría en la casa; pero un martes, el señor Maffre, que miraba la fachada con inquietud, se arriesgó a preguntar, señalando con la vista una ventana del primer piso:

—¿Ese es el cuarto, verdad?

Entonces, bajando la voz, las dos tertulias hablaron de la extraña aventura que trastornaba el barrio. El cura dió algunas explicaciones vagas; era muy enojoso, muy triste; él compadecía a todo el mundo, sin aventurarse más.

—Pero usted, doctor — preguntó madame de Condamin al señor Porquier.—Usted que es el médico de la casa, ¿qué piensa de esto?

El doctor Porquier movió largo rato la cabeza antes de responder. Al principio se mostró discreto.

—Es muy delicado—dijo.—Madame Mouret no tiene mucha salud. En cuanto a su esposo...

—Yo he visto a madame Rougon—dijo el subprefecto.—Está muy inquieta.

—Su yerno la ha reventado siempre—interrumpió brutalmente el señor de Condamin.—El otro día, me encontré yo a Mouret en el Círculo, y me ganó una partida. Le hallé tan inteligente como de costumbre. El buen señor no ha sido nunca un águila.

—Yo no he dicho que estuviera loco, como lo entiende el vulgo—repuso el doctor, que se creyó atacado.—Pero tampoco digo que sea prudente dejarle en libertad.

Esta declaración produjo cierta emoción. El señor Rastoil miró instintivamente la tapia que separaba los dos jardines. Todos los rostros miraban al doctor.

—Yo conocí—continuó éste, una dama encantadora, que vivía en grande, dando comidas, recibiendo a las más distinguidas personas y hablando con mucho ingenio. Pues bien; en cuanto entraba aquella señora en su cuarto, se encerraba, y pasaba parte de la noche andando a gatas alrededor de la habitación, ladrando como una perra. En su casa creyeron mucho tiempo que se escondía un perro en su cuarto... Aquella señora ofrecía un caso de lo que los médicos llamamos locura lúcida.

El Padre Surin contenía la risa mirando a las señoritas Rastoil a quienes hacía gracia aquel caso de una señora de viso que hacía el perro. El doctor Porquier se sonó con gravedad.

—Podría citar veinte casos semejantes—añadió.—Individuos que parecen en el pleno uso de su razón y que se entregan a las más sorprendentes extravagancias en cuanto se hallan a solas. El señor de Bourdeau ha conocido mucho a un marqués a quien no quiero nombrar...

—Fué íntimo amigo mío—dijo el señor de Bourdeu.—Con frecuencia comía en la prefectura. Su caso hizo un ruido enorme.

—¿Qué caso? — preguntó madame de Condamin, al ver que el doctor y el subprefecto se callaban.

—El caso no es muy limpio—repuso el señor de Bourdeu echándose a reír.—El marqués, de poca inteligencia por otra parte, pasaba días enteros en su gabinete, diciendo que escribía una gran obra de economía política... Al cabo de diez

años se descubrió que se pasaba el día haciendo bolitas de igual tamaño con...

—Con sus excrementos—terminó el doctor con voz tan grave, que la palabra pasó sin que ni siquiera las damas se sonrojaran.

—Yo—dijo el Padre Bourrette, a quien divertían estas historias como cuentos de hadas,—tuve una penitente rarísima. Tenía la manía de matar moscas; no podía ver una sin experimentar el irresistible prurito de cazarla. Después, cuando se confesaba, lloraba amargamente, acusándose de la muerte de los pobres bichos, creyéndose condenada... No pude corregirla.

El relato del cura tuvo fortuna. El señor Péqueur des Saulaies y el señor Rastoil se dignaron sonreirse.

—Poco daño hay, cuando sólo se matan moscas—observó el doctor.—Pero los locos lúcidos no tienen todos la misma inocencia. Algunos hay que torturan a su familia con cualquier vicio oculto, convertido en manía; desdichados que beben, que se entregan a desenfrenos secretos, que roban por necesidad de robar, que se mueren de orgullo, de celos, de ambición. Y tienen la hipocresía de la locura, hasta el punto de que consiguen refrenarse, llevar a cabo los más complicados proyectos, responder a derechas, sin que nadie pueda sospechar sus lesiones cerebrales. Después, en cuanto vuelven a la intimidad, en cuanto se hallan solos con sus víctimas, se entregan a sus concepciones delirantes, se convierten en verdugos. Si no asesinan, matan lentamente.

—¿De modo que el señor Mouret?...—preguntó madame de Condamin.

—El señor Mouret ha sido siempre posma, inquieto, déspota. La lesión parece haberse agravado con la edad. Hoy, no vacilo en clasificarlo entre

los locos malos... Tuve un cliente que se encerraba como él en una habitación separada, en donde se pasaba días enteros fraguando acciones abominables...

—Pero, doctor, si esa es su opinión, debe usted avisar—exclamó el señor Rastoil.—Debe usted informar a quien corresponde.

El doctor Porquier se quedó un tanto turbado.

—Hablamos nada más—dijo, recobrando su sonrisa de médico de las damas.—Si me requieren, si las cosas adquirieran gravedad, yo cumpliría con mi deber.

—¡Bah! — terminó perversamente el señor de Condamin.—No son los más locos los que se cree... Para un médico alienista no hay un cerebro sano... El doctor acaba de recitarnos una página de un libro sobre la locura lúcida que yo he leído, y que es tan interesante como una novela.

El Padre Faujas había escuchado con curiosidad, sin tomar parte en la conversación. Después, al ver que se callaban todos, dijo que aquellas historias de locos, entristecían a las damas, y quiso que se hablara de otra cosa. Pero la curiosidad estaba enardecida, y ambas tertulias se pusieron a espiar los menores actos de Mouret. Este no bajaba más que una hora diaria al jardín, después de almorzar, en tanto que los Faujas estaban con su esposa. En cuanto ponía los pies en él, caía bajo la activa vigilancia de la familia de Rastoil y de los concurrentes a la subprefectura. No podía detenerse ante un cuadro de legumbres, interesarse por una lechuga, aventurar un ademán, sin dar margen, a derecha e izquierda, en los dos jardines, a los comentarios más deplorables. Todo el mundo se volvía contra él. Sólo el señor de Condamin le defendía aún. Pero un día, la hermosa Octavia le dijo almorzando:

—Pero ¿qué te importa que ese Mouret esté loco?  
—¿A mí, querida? Absolutamente nada—respondió asombrado.

—Entonces, déjale loco, puesto que todos te dicen que lo está... No sé qué manía tienes de pensar lo contrario de tu mujer. Por ahí no vas a ninguna parte... Ten el ingenio, en Plassans, de no ser ingenioso.

El señor de Condamin sonrió.

—Tienes razón, como siempre — dijo galantemente.—Ya sabes que he puesto mi fortuna en tus manos... No me esperes a comer. Voy a caballo hasta San Eutropio, para echar un vistazo a una corta de leña.

Partió, mascando un puro.

Madame de Condamin no ignoraba que su esposo bebía los vientos por una muchacha, hacia San Eutropio. Pero era tolerante y dos veces hasta le había salvado de las consecuencias de historias feas. En cuanto a él, estaba muy tranquilo acerca de la virtud de su mujer; sabía que tenía sobrado talento para tener un lío en Plassans.

—¿A que no imaginan ustedes en qué pasa Mouret el tiempo en el cuarto en que se necierra?  
—dijo al día siguiente el conservador de aguas y bosques cuando fué a la subprefectura.—Pues en contar las "eses" que tiene la Biblia. Ha temido haberse equivocado, y por tres veces ha vuelto a empezar el cálculo... ¡A fe mía, que tienen ustedes razón; está más loco que un chivo el infeliz!

Y a partir de aquel momento, el señor de Condamin cargó terriblemente sobre Mouret. Llevaba las cosas demasiado lejos, y empleaba toda su habilidad en inventar historias que aterraban a la familia Rastoil. Sobre todo, escogió como víctima al señor Maffre. Un día le contó que había visto a Mouret en una de las ventanas de la calle,

en cueros vivos, con sólo un sombrero de mujer, y haciendo reverencias al vacío. Otro día, aseguraba con asombroso aplomo que estaba seguro de haber visto a Mouret a tres leguas de la ciudad, bailando en el fondo de un bosquecillo, como un salvaje; después, como el juez de paz pareciese dudar, se incomodaba, decía que Mouret podía huir por la chimenea sin que nadie lo notase. Los tertulios de la subprefectura sonreían; pero al día siguiente, la criada de Rastoil divulgaba aquellos extraordinarios lances por la ciudad, en la cual la leyenda del hombre que pegaba a su mujer adquiría proporciones extraordinarias.

Una tarde, la mayor de las señoritas Rastoil, Aurelia, contó ruborizándose que, el día antes, habiéndose asomado a la ventana a cosa de media noche, había visto al vecino paseándose por su jardín con un gran cirio. El señor de Condamin creyó que la joven se burlaba de él, pero Aurelia daba detalles precisos.

—Tenía el cirio en la mano izquierda. Se arrojó en el suelo, y después, se arrastró de rodillas y sollozando.

—Quizá ha cometido algún crimen y enterrado el cadáver en el jardín—dijo el señor Maffre, que se había puesto lívido.

Entonces las dos reuniones convinieron en vigilar una noche, hasta las doce si era menester, para sacar el agua clara de aquella aventura. A la noche siguiente, estuvieron en acecho en ambos jardines, pero Mouret no pareció. Así perdieron tres noches. La subprefectura abandonaba la partida; madame de Condamin se negaba a quedarse bajo los castaños, cuando, a la cuarta noche, con un cielo de color de tinta, tembló una luz en la planta baja de la casa de los Mouret. El señor Péqueur des Saulaies, advertido, se deslizó en el

callejón de las Chevillottes, para invitar a la familia Rastoil a ir a la terraza de su jardín, desde la que se dominaba el jardín vecino. El presidente, al acecho con sus hijas detrás de la cascada, vaciló un rato, reflexionando que, políticamente, se comprometía mucho al ir a casa del subprefecto; pero la noche era tan negra, y su hija Aurelia estaba tan empeñada en probar la realidad de su relato, que siguió al señor Péqueur des Saulaies, en la sombra, con quedos pasos. Así fué como la legitimidad, en Plassans, penetró por vez primera en casa de un funcionario bonapartista.

—No hagan ruido—encargó el subprefecto.—Inclínense sobre la terraza.

El señor Rastoil y sus hijas encontraron allí al doctor Porquier, a madame de Condamin y a su marido. Las tinieblas eran tan espesas, que se saludaron sin verse. Entre tanto, todas las respiraciones estaban contenidas. Mouret acababa de mostrarse en la escalinata, con una vela plantada en un gran candelero de cocina.

—Ya ven ustedes que tiene un cirio—murmuró Aurelia.

Nadie protestó. El hecho quedó comprobado; Mouret llevaba un cirio. Bajó lentamente la escalinata, torció a la izquierda y permaneció inmóvil ante un cuadro de lechugas. Levantaba la vela para alumbrarlas, y su rostro aparecía completamente amarillo, sobre el negro fondo de la noche.

—¡Qué cara!—dijo madame de Condamin.—Con seguridad la sueño... ¿Es que duerme, doctor?

—No, no—respondió el doctor Porquier.—No es sonámbulo; está bien despierto... ¿Distinguen la fijeza de sus miradas? Observen también la sequedad de sus movimientos...

—Cállese usted que no necesitamos una confe-

rencia—interrumpió el señor Péqueur des Saulaies.

Entonces, reinó el más profundo silencio. Mouret, después de saltar los bojes, se había arrodillado en medio de las verduras. Bajaba la vela, y buscaba a lo largo de los surcos, bajo las extendidas hojas verdes. De cuando en cuando, exhalaba un gruñido; parecía aplastar, hundir algo en el suelo. Esto duró cerca de media hora.

—Llora, ya lo decía yo—decía complacientemente Aurelia.

—Realmente es horrible—balbuceaba madame de Condamin.—Vamos dentro, háganme el favor.

Mouret dejó caer la vela, que se apagó. Se le oyó refunfuñar y subir la escalinata tropezando en los peldaños. Las señoritas Rastoil habían lanzado un leve grito de terror. No se tranquilizaron sino en el saloncito iluminado, en donde el señor Péqueur de Saulaies se empeñó en que aceptara la reunión una taza de té y bizcochos. Madame de Condamin continuaba temblorosa; se hacía un ovillo en una marquesita; aseguraba, con enterrecida sonrisa, que nunca se había sentido tan impresionada, ni siquiera una mañana en que había tenido la mala idea de ir a ver una ejecución capital.

—Es singular—dijo el señor Rastoil, que reflexionaba hondamente hacía rato.—Mouret parecía buscar babosas. Los jardines están plagados de ellas; y me han dicho que no se las destruye bien sino de noche.

—¡Babosas!—exclamó el señor de Condamin.—¡Valiente cosa le importan a él las babosas! ¿Se va acaso a buscar babosas con un cirio? Yo más bien creo, como el señor Maffre, que se trata de un crimen... ¿No ha tenido nunca Mouret una

criada que haya desaparecido? Sería preciso averiguarlo.

El señor Péqueur des Saulaies comprendió que su amigo el conservador del aguas y bosques exageraba demasiado. Bebiendo un sorbo de té, murmuró:

—¡Cuando piensa uno que ese desgraciado se ha metido en política... No quiero reprochar la alianza de usted con los republicanos, señor presidente; pero confiese usted que el señor marqués de Lagrifoul tenía en él un partidario muy raro.

El señor Rastoil se había puesto muy serio. Hizo un ademán vago sin responder.

—Y sigue metiéndose; quizá es la política lo que le vuelve el juicio—dijo la bella Octavia sacándose delicadamente los labios.—Dicen que toma con gran empeño las próximas elecciones, ¿verdad?

Se dirigía a su marido, al que lanzó una mirada.

—¡Reventará!—dijo el señor de Condamin.—Por todas partes repite que es el amo del escrutinio, y que hará elegir a un zapatero, si se le antoja.

—Exagera usted — dijo el doctor Porquier. — Ya no tiene tanta influencia. Toda la ciudad se burla de él.

—Eso es lo que engaña a usted. Si quiere, llevará a las urnas a todo el barrio antiguo y a muchos pueblos... Está loco, es cierto, pero eso es una recomendación... Demasiado razonable me parece para republicano.

Esta mediocre chanza tuvo gran fortuna. Hasta las señoritas Rastoil se rieron con risa de colegialas. El presidente se dignó aprobar con la cabeza, y dejó su gravedad, diciendo, mientras procuraba no mirar al subprefecto:

—Lagrifoul no nos ha hecho tal vez los servicios que teníamos derecho a esperar; pero un zapatero sería verdaderamente vergonzoso para Plassans.

Y añadió vivamente, como para evitar la respuesta a la declaración que acababa de hacer:

—Es la una y media, y esto es un escándalo... Señor subprefecto, un millón de gracias.

Madame de Condamin fué la que halló medio de terminar, echándose un chal sobre los hombros.

—Pero no es posible—dijo,—dejar que lleve las elecciones un hombre que va a arroillarse a media noche en medio de las verduras.

Aquella noche llegó a ser legendaria. El señor de Condamin se divirtió muchísimo al contar la aventura al señor de Bourdeu, a Maffre y a los curas, que no habían visto al vecino con el cirio. Tres días más tarde, el barrio juraba haber visto al loco que pegaba a su mujer, paseándose con la cabeza envuelta en una sábana. En la glorieta, en las conversaciones de las tardes, se hablaba sobre todo de la posible candidatura del zapatero de Mouret. Reíanse, sin dejar de estudiarse unos a otros. Era una manera de pulsarse políticamente. El señor de Bourdeu, por ciertas confidencias de su amigo el presidente, creía comprender que podría realizarse una inteligencia tácita respecto al candidato entre la subprefectura y la oposición moderada, de modo que los republicanos fuesen vergonzosamente derrotados. Así es que cada vez se mostraba más sarcástico con el marqués de Lagrifoul, cuyas menores planchas en la Cámara recogía escrupulosamente. El señor Delangre, que iba muy de tarde en tarde, alegando los cuidados de la administración municipal, sonreía astutamente a cada nueva burla de exprefecto.

—Ya no tiene usted más que enterrar al marqués, señor cura—dijo un día al oído del Padre Faujas.

Madame de Condamin, que le oyó, volvió la cabeza, llevándose un dedo a los labios con mohín de exquisita malicia.

El Padre Faujas dejaba ya hablar de política delante de él. Hasta daba a veces un consejo; estaba por la unión de los espíritus honrados y religiosos. Entonces, todos se ablandaban, Péqueur des Saulaies. Rastoil, de Bourdeu, hasta el señor Maffre. Debía de ser fácil entenderse entre personas de bien, trabajar en común por la consolidación de los grandes principios, sin los cuales no puede existir ninguna sociedad. Y la conversación versaba sobre la propiedad, la familia, la religión. A veces volvía a nombrarse a Mouret, y el señor de Condamin murmuraba:

—No dejo que venga aquí mi mujer sino temblando. Tengo miedo, ¿qué quieren? En las elecciones verán ustedes cosas raras, si aun está libre.

Entre tanto, todas las mañanas, Trouche procuraba asustar al Padre Faujas, en la conversación que con él tenía regularmente. Le daba las noticias más alarmantes; los obreros del barrio antiguo se preocupaban demasiado por la casa de los Mouret; hablaban de ver al buen hombre, de juzgar su estado, de tomar su opinión.

El cura, de ordinario, se encogía de hombros. Pero un día salió Trouche de su cuarto muy contento. Fué a besar a Olimpia, exclamando:

—¡Esta vez, hija mía, es cosa hecha!

—¿Te permite obrar?

—Sí, con entera libertad. Bien tranquilos vamos a estar, cuando no esté aquí el otro.

Ella estaba aún acostada; se agazapó más bajo los cobertores, riendo como una niña.

—¡Ah, bueno! Entonces todo va a ser nuestro, ¿verdad? Yo tomaré el otro cuarto. Y quiero bajar al jardín, y guisar abajo... Bien nos lo debe mi hermano. Buen servicio le habrás hecho.

Por la noche, Trouche llegó a casa de las diez al cafetucho en que se reunía con Guillermo Porquier y con otros jóvenes de viso de la ciudad. Le dieron bromas por su tardanza, y le acusaron de haber estado con una de las picaruelas de la Obra de la Virgen. Generalmente esta broma le lisonjeaba, pero aquella noche se puso grave. Dijo que había tenido asunto, asuntos serios. Sólo a media noche, cuando hubo vaciado los garrafones del mostrador, se puso tierno y expansivo. Tuté a Guillermo y baluceó, retrepado contra la pared y volviendo a encender la pipa a cada frase:

—Esta tarde he visto a tu padre... Es un gran hombre... Necesitaba un papel. Ha estado muy fino, muy fino. Me lo ha dado. Lo tengo aquí, en el bolsillo. Al principio no quería. Decía que era cosa de la familia. Yo le he dicho: "Yo soy de la familia, tengo la orden de la mamá..." Tú conoces a la mamá; vas a su casa. Una gran mujer. Se me había mostrado muy contenta, cuando fui antes a exponerle el caso... Entonces, me dió el papel. Puedes tocarlo; lo sentirás en mi bolsillo...

Guillermo le miraba fijamente, ocultando su viva curiosidad bajo una risa de duda.

—No miento—continuó el borracho.—El papel está en mi bolsillo... ¿Lo has sentido?

—Es un periódico—dijo el joven.

Trouche, riendo, sacó de su redingote un gran sobre que dejó sobre la mesa en medio de las tazas y los vasos. Un rato lo defendió de Guillermo, que había alargado la mano; después se lo dejó tomar, riendo fuerte, como si le hicieran cosquillas. Era una declaración del doctor Porquier

sobre el estado mental de Mouret, propietario, de Plassans.

—¿De modo que le van a encerrar?—preguntó Guillermo devolviendo el papel.

—Eso no te importa, amiguito — respondió Trouche, desconfiando.—Este papel es para su mujer. Yo no soy más que un amigo que quiere hacer un favor. Ella hará lo que quiera. Tampoco se puede dejar matar, la pobre señora.

Estaba tan borracho, que cuando le echaron a la calle, Guillermo tuvo que acompañarle hasta la calle Balande. Quería acostarse en todos los bancos de la Carrera Sauvaire, y llegando a la plaza de la Subprefectura, sollozó, repitiendo:

—Ya no hay amigos; porque soy pobre se me desprecia... Tú eres un buen muchacho... Cuando seamos los amos, tú vendrás a tomar café conmigo. Si el cura nos estorba, le mandaremos a hacer compañía al otro... No es fuerte, el cura, a pesar de sus alharacas; yo le hago ver lo blanco negro... Tú eres un amigo, ¿verdad? Mouret se ha hundido, y nos beberemos su vino.

Cuando dejó a Trouche en su casa, Guillermo atravesó la dormida ciudad, y fué a silbar bajito ante la casa del juez de paz. Era una seña. Los hijos de Maffre, a quienes el padre encerraba por su mano en un cuarto, abrieron una ventana del primer piso por la que bajaron con ayuda de los barrotes de las rejas que guardaban la planta baja. Cada noche se iban de aquel modo al vicio, en compañía del hijo de Porquier.

—Bueno—les dijo éste cuando en silencio hubieron llegado a las negras callejas de los arrabales.—Haríamos mal en disimular... Si mi padre me vuelve a enviar a hacer penitencia a cualquier parte, ya sabré cómo responderle... ¿Apostáis a que en cuanto yo quiera me admiten en el Círcu-

lo de la Juventud?

Los hijos Maffre sostuvieron la apuesta. Los tres se metieron en una casa amarilla, de persianas verdes, adosada a un ángulo de los baluartes, en el fondo de un callejón sin salida.

A la siguiente noche, Marta tuvo un ataque horrible. Por la mañana había asistido a una larga ceremonia religiosa, que Olimpia había querido ver hasta el fin. Cuando Rosa y los inquilinos acudieron a los gritos desgarradores que lanzaba, la hallaron tendida al pie del lecho, con la frente partida. Mouret, de rodillas sobre la cama, temblaba.

—¡Esta vez la ha matado!—gritó la cocinera.

Le cogió en brazos, aunque estaba en camisa, y le empujó fuera de la alcoba hasta su despacho, cuya puerta estaba al otro lado del rellano; volvió a tirarle el colchón y unos cobertores. Trouche había partido corriendo en busca del doctor Porquier. El doctor restañó la herida de Marta; dos milímetros más abajo, dijo, el golpe era mortal.

En el vestíbulo, delante de todo el mundo, declaró que era preciso obrar, que no se podía dejar más tiempo la vida de madame Mouret a merced de un loco furioso.

Marta tuvo que guardar cama al día siguiente. Aun tenía algo de delirio. Veía una mano de hierro que le abría el cráneo con una flamante espada. Rosa se negó resueltamente a dejar entrar a Mouret. Le sirvió el almuerzo en su despacho, sobre la polvorienta mesa. No comió. Miraba estúpidamente el plato, cuando la cocinera hizo entrar en el despacho a tres señores vestidos de negro.

—¿Son ustedes los médicos?—preguntó.—¿Cómo sigue?

—Sigue mejor—respondió uno de aquellos señores.

Mouret cortó pan tranquilamente, como si fuera a comer.

—Yo habría querido que estuvieran aquí los niños — murmuró. — Ellos cuidarían, estaríamos menos solos... Desde que se fueron los niños está enferma... Tampoco yo estoy bueno.

Se había llevado un bocado de pan a la boca, y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. El personaje que había hablado, le dijo entonces, lanzando una mirada a sus compañeros:

—¿Quiere usted que vayamos por los niños?

—¡Sí que quiero!—exclamó Mouret.—¡Vamos en seguida!

En la escalera no vio a Trouche ni a su mujer, inclinados sobre la baranda del segundo piso, y siguiéndole a cada peldaño, con ardientes miradas. Olimpia bajó rápidamente detrás de él y entró en la cocina, en donde Rosa, emocionadísima, miraba por la ventana. Y cuando en un coche que esperaba a la puerta se hubo llevado a Mouret, subió de cuatro en cuatro los dos pisos; cogió a Trouche por los hombros y le hizo bailar alrededor del rellano, reventando de alegría.

—¡Facturado!—gritó.

Marta estuvo ocho días en cama. Su madre iba a verla cada tarde, mostrándose extraordinariamente tierna. Los Faujas, los Trouche se relevaban al lado de su cama. Madame de Condamin le hizo muchas visitas. No se hablaba de Mouret. Rosa había respondido a su ama que el señor había tenido que ir a Marsella. Pero cuando Marta pudo bajar por primera vez y sentarse a la mesa en el comedor, se asombró, y preguntó por su marido con un principio de inquietud.

—Vamos, querida señora, no se exalte usted—dijo madame Faujas.—Volverá usted a caer enferma. Ha sido preciso tomar una resolución. Sus

BIBLIOTECA UNIV. DE ALFONSO...  
APR 10 1925 MONTREAL, MEXICO

amigos de usted han tenido que consultarse y obrar en bien de sus intereses.

—No tiene usted que echarle de menos—exclamó brutalmente Rosa.—después del garotazo que le dió en la cabeza. El barrio respira desde que no está ya aquí. Siempre se temía que prendiera fuego o que saliera a la calle con un cuchillo. Yo escondía todos los cuchillos de la cocina, y la criada del señor Rastoil también... Y la pobre madre de usted, que no vivía... Toda la gente que venía a ver a usted durante su enfermedad, señoras, caballeros, me decían cuando yo les despedía: "Es un gran peso que quitan a Plassans". Cuando un hombre así va y viene en libertad, toda la ciudad vive sobresaltada.

Marta escuchaba este flujo de palabras con los ojos agrandados, horriblemente pálida. Había dejado caer la cuchara; y miraba hacia delante, por la abierta ventana, como si la hubiese aterrorizado alguna visión tras los árboles frutales del jardín.

—¡Las Tullettes, las Tullettes! — tartamudeó escondiendo el rostro entre las temblorosas manos.

Se echaba hacia atrás, y se envaraba ya con un ataque de nervios, cuando el Padre Faujas, que había acabado su potaje, le cogió las manos, y se las estrechó con fuerza, murmurando con su más insinuante acento:

—Sea usted fuerte ante esta prueba que Dios le envía. El concederá a usted consuelos, si no se rebela usted; El sabrá reparar a usted la dicha que merece.

Bajo la presión de las manos del cura, bajo la dulce inflexión de sus palabras, Marta se enderezó, como resucitada, ardiente las mejillas.

—¡Sí, sí!—dijo sollozando.—Necesito mucha felicidad... Prométame usted mucha felicidad...

## XIX

Las elecciones generales debían celebrarse en Octubre. A mediados de Septiembre, monseñor Rousselot partió bruscamente para París, después de una larga entrevista con el Padre Faujas. Hablóse de una enfermedad grave de una de sus hermanas, que vivía en Versalles. Cinco días más tarde, estaba de regreso, y hacía en su gabinete que el Padre Surin le leyese. Arrellanado en un sillón, frioleramente envuelto en un enguatado gabán de seda violeta, aunque la estación era aún muy calurosa, escuchaba con una sonrisa la femenina voz del joven sacerdote, que escandía amorosamente unas estrofas de Anacreonte.

—Bien, bien — murmuraba. — Conoce usted la música de esa hermosa lengua.

Después, mirando el reloj con inquieto rostro, prosiguió:

—¿Ha venido ya el Padre Faujas esta mañana? ¡Ay, hijo mío, qué barullo! Aun tengo en los oídos el abominable estrépito del ferrocarril... En París no ha parado de llover un momento. Tenía yo diligencias en las cuatro puntas de la ciudad y no he visto más que barro.